

El Mercado de una ciudad, además de ser un lugar de vitalidad y animación humana singular, digno de observación, nos sirve como claro indicador de la importancia de aquella y del nivel económico alcanzado por los vecinos. He adquirido la costumbre, que admito sea calificada por algunos como manía, de visitarlos, siempre que puedo, durante mis estancias en las distintas ciudades españolas. Puede ocurrir y debiera sonrojarme el confesarlo, que parta de alguna sin conocer una popular joya arquitectónica del Siglo XIV, por ejemplo, o sin visitar un renombrado Museo; sin embargo, mal se tienen que dar las cosas, para que marche sin girar una visita al Mercado de la ciudad y con conocimiento del precio de los distintos productos: "Aquí, está muy barata la ternera"; "¿Te has fijado que alcachofas más hermosas?". "¿Qué bueno, el tamaño, el de esos chipirones!", etc. Así, recuerdo, el Mercado de Almería, con sus vendedores y vendedoras vestidos todos de blanco, incluso con gorrillos del mismo color, que recuerdan a los de la "Navy", Mercado muy pulcro y con productos hortícolas baratos y de calidad; el de La Coruña, donde, mientras se hace la compra, pueden degustarse pequeñas empanadas de marisco o chorizo y en el que, en cierta ocasión, tuve la oportunidad de admirar a una compradora, que llevaba sobre la cabeza, al modo típico de la región, una maceta con un florido geranio; el extraordinario Mercado barcelonés, para mí el mejor de España, de San José, en las Ramblas, cerca del Liceo y en la misma acera, con la cuidada y estética presentación de los productos —propongo un Primer Premio para los pescaderos— y la venta de productos preparados; el modestísimo de Villafranca del Bierzo; el aséptico de Avila... Todos los conozco y me han sugerido reflexiones e hipótesis sobre la forma de vida y nivel económico de los vecinos de cada ciudad.

Quizá sean los Mercados, en estos tiempos de falta de comunicación entre las gentes y las distintas clases sociales, uno de los lugares donde se practica el arte del diálogo con más fluidez y desenvoltura.

Es aleccionador y resulta reconfortante, presenciar las conversaciones, que desarrollan sonrientes, los interlocutores a quienes separa el mostrador, cuando lo hay. El tuteo y el llamar por su nombre de pila por ejemplo, al frutero, por parte de la señora que, por afición, o porque no hay más remedio, hace personalmente el Mercado; los piropos y requiebros —éstas, sin necesidad de diagnósticos de especialistas, sí que son relaciones públicas—, que reciben las cocineras por parte de los vendedores de todas las especialidades, tanto de sea frutero, pescadero o carnicero; la obligada alusión al próximo o al último partido de fútbol, según sea sábado o lunes, con las apostillas relativas a la quiniela.

Lo mismo que ocurre con las Estaciones del Ferrocarril, cuya proximidad advertimos en la ciudad por el ambiente inconfundible de sus alrededores, ocurre con los Mercados. No nos hace falta conocerla, para que, con algo de práctica naturalmente, sepamos que nos encontramos en los alrededores del Mercado. Los

transeúntes, entre los que empiezan a abundar los que "vienen de hacer la compra"; las características de los comercios de la calle; a veces, desgraciadamente, cierto tufillo; los vendedores ambulantes y otros muchos síntomas, nos anuncian que el Mercado está cerca. Está claro que las vías que conducen a ellos tienen una gran importancia comercial, dado el tránsito andado que soportan. Por estas calles, van y vienen las compradoras, antes con la cesta o la bolsa colgada del brazo, o sostenida con la mano si la carga era excesiva; y, ahora, tirando de esos carritos tan útiles, uno de los inventos más felices de los últimos tiempos, a los que únicamente les falta para alcanzar la perfección, un sistema "ad-hoc" para subir y bajar los bordillos de las aceras. Claro está, se me ocurre, a lo mejor la solución estriba en dejar a los carritos en paz y crear en los itinerarios próximos a los Mercados, unos vados en las aceras, como los de los pasos de carruajes, para que los carritos puedan circular cómodamente, sin que se ponga en peligro la integridad física de la compra; y, en estos momentos, pienso en los productos que expulsa la gallina, tan frágiles ellos.

De acuerdo con la importancia de la agrupación urbana, varían los Mercados. En pueblos poco importantes, no existen edificaciones destinadas a este fin y las transacciones se realizan al aire libre, un día por semana. Al aumentar la importancia del pueblo el "mercado" es diario. Más adelante, se hace necesaria la construcción de un edificio para albergar esta función.

Aunque nos parezca mentira y luego pensando un poco en el asunto nos demos cuenta que es completamente natural y lógico, ha habido tiempos que Madrid tenía solamente Mercado esporádicamente y las transacciones se hacían de manera bien distinta que ahora. Claro que hoy somos más de tres millones los vecinos y se puede asegurar que, en algún tiempo, podrían contarse con los dedos de una mano.

Pero sin tener que remontarnos a la Prehistoria, podemos decir que las primeras Ferias madrileñas de que se tiene noticia, son las que se celebraban por San Miguel y San Mateo, a partir del Siglo XV mediado, como consecuencia de la autorización dada por don Juan II, que quiso así compensar a la Villa de la pérdida de las de Cubas y Griñón, dadas en señorío a su criado don Luis de la Cerda. La Feria de San Miguel se suprimió, por poca productiva, quedando únicamente la de San Mateo, que comenzaba el día del Santo, 21 de septiembre, para terminar el 4 de octubre. Estas Ferias se celebraron, primero en las afueras de las Puertas del recinto madrileño, trasladándose después a la Plaza Mayor y el Prado de San Jerónimo. En tiempos de Fernando VII, cambiaron de sitio, marchando a la Plazuela de la Cebada y al Rastro. Después, ya en la mitad del siglo XIX, se celebraba en la calle de Alcalá, que, de acuerdo con la descripción que no me resisto a trasladar a mis lectores, adquiría el siguiente aspecto: "La calle de Alcalá, pues, debe considerarse como el centro de la animación y extraordinario movimiento que se

advierde en Madrid por aquellos días: en su primera parte de colocan puestos de nueces y avellanas, de exquisitos melocotones de Aragón, acerolas, manzanas, azofaifas y otras frutas: interpolados con éstos, se ven algunos tinglados con juguetes y quincalla; luego las mencionadas tiendas de San Bernardino, en que tienen cabida géneros catalanes, mantas de Palencia, algunos tejidos de hilo, velones y otros objetos de la misma clase y juguetes; y, por último, mucha loza fina y ordinaria. So pretexto de la Feria, la calle de Alcalá es, en ciertas horas de aquellos días, el punto al que concurre la sociedad más distinguida y elegante de Madrid, estimulada por los hermosos días de la apacible estación de otoño; por el grato espectáculo que ofrece la exposición de pinturas, que se verifica en la Academia de Nobles Artes, sita en la misma calle y por la "dudosa" comodidad que ofrecen las sillas oportunamente colocadas en su último trozo. Aunque el principal objeto de estas sillas es servir, por una módica retribución, para el descanso de los paseantes, suelen también convertirse en campo ameno y variado de coloquios e intrigas amorosas". Esta deliciosa pintura de la calle de Alcalá de hace poco más de un siglo, se debe a la pluma de don Pascual Madoz; en ella se nos confirma que el otoño es la mejor época climatológica de la Villa; que la fama de las frutas de Aragón y las mantas de Palencia no es de hoy y que los telares catalanes llevan bastante tiempo produciendo metros y metros de excelente paño.

Los Mercados, propiamente dichos, comienzan en Madrid con la concesión de don Enrique IV en 1463, para celebrarlos los martes de cada semana, mandando Carlos V —sería curioso saber el por qué— al otorgar nueva cédula en unión de la Reina Doña Juana en 1545, que se trasladasen a los miércoles; más adelante, con el aumento de la población de la Villa convertida en Capital de la nación, los Mercados se hicieron diarios y surgieron los primeros edificios destinados a albergar estas actividades que se construyeron siempre ocupando el centro las Plazas.

Los primitivos Mercados cubiertos de Madrid, tenían una función parecida a la de los actuales Mercados centrales; y así, el de la Cebada, en carnes y pescados y el de los Mostenses, en aves y caza. A la vez y como consecuencia de la extensión superficial que adquiría Madrid, surgieron los primeros Mercados de Barrio como son el de San Ildefonso y Tres Peces, el primero de ellos aún en pie.

Saltando limpiamente, hasta el Madrid de nuestros días, hemos de decir que, ahora mismo, hay muchos Mercados cubiertos, aunque faltan muchos. También existen los Mercados Centrales, indispensables, como uno de los escalones intermedios entre el productor y el consumidor. Los minoristas de los Mercados de barriada, que es adonde acuden las amas de casa, tienen que hacer ellos previamente "la compra" en el Mercado Central y luego trasladar los productos a su puesto o tienda ahora en camionetas, hace poco tiempo en los ruidosos y, en buena hora desaparecidos motocarros y antes, me imagino, en carros tirados por robustas caballerías.





*El viejo mercado de San Ildefonso en la popular Corredera. Mucho nos tememos que esté llamado a desaparecer y va a ser una lástima porque su elegante y graciosa arquitectura es un agrado para esta ciudad que se está "desangelando" de minuto en minuto*

En Madrid, tenemos tres Mercados Centrales. El de Frutas y Verduras; el de los Pescados y el de Carnes, que conocemos con el nombre de Matadero. Todos ellos se encuentran en la parte Sur de la ciudad, anunciándose su desaparición, para un plazo más o menos próximo. El Plan General de Ordenación Urbana vigente, tiene previsto su nuevo emplazamiento en contacto con vías de la red arterial y de acuerdo con la procedencia de los productos. Así, el nuevo Mercado de Frutas y Verduras, deberá ser fácilmente accesible desde las carreteras que vienen de Alicante y Murcia, que son nuestros principales abastecedores en esta materia; mientras que el Matadero, debe recibir los suministros del Norte y el de Pescados tiene que mantener una posición ecléctica, ya que en Madrid recibimos, con muchos gusto y sin discriminación alguna, lo mismo la lubina cantábrica, que el salmonete mediterráneo, que el jurel atlántico. Lástima que la acedía gaditana, no soporte los rigores del viaje y no llegue hasta nuestras pescaderías.

Conviene ahora decir y me apresuro a hacerlo, que el Matadero madrileño es una excelente obra de arquitectura, cuya construcción terminó en 1928, según proyecto original

del arquitecto madrileño don Luis Bellido, a quien recordamos con mucho afecto. Bellido, que no se perdía una sesión de Crítica de Arquitectura pese a su avanzada edad y a que la mayor parte del tiempo que duraba la sesión lo pasase apaciblemente dormido en la primera fila, merece nuestra atención y ser estudiado en su obra por persona con capacidad para hacerlo. Vale la pena intentemos la salvación de parte de la obra del Matadero, que puede quedar perfectamente integrada cumpliendo una nueva función en el Parque público que, acertadamente, se proyecta realizar cuando el sacrificio de los animales cambie de sitio. Porque la piqueta madrileña es de una voracidad sin límites, ya demostrada y, cuando acabe con la Casa de la Moneda que, en estos momentos, cae entre el general regocijo, con algo tendrá que entretenerse, me digo yo.

Así es que los productos vienen de sus puntos de procedencia a los Mercados Centrales y de aquí se distribuyen a los Mercados de barrio y tiendas. Luego, desde estos últimos locales, conducidos individualmente por las amas de casa, o sus auxiliares, llegan a los hogares para, directamente, o tras una estancia más o menos prolongada en el frigorífico, antes nevera, caer en la cocina, para su condimento.

*El mercado de Olavide, un gran ejemplo de la buena arquitectura de los años veinte. Un poquito de atención municipal le vendría al pelo*



El proceso indicado continua con la intervención comunitaria de la familia en las cada vez más entecas, aunque, según general creencia, sanísimas comidas. ¡Quien recuerda aquellas cenas de tres platos de nuestra infancia!

Pero a pesar de que cada vez se come menos, los Mercados siguen siendo necesarios y no pueden estar muy distantes del hogar cuya ama de casa los utiliza. Así es que, a medida que crece la ciudad, tienen que dotarse a los nuevos Barrios de estos utilísimos servicios sociales. Aquí en Madrid, ha sucedido que, en muchos barrios de nueva creación no se ha contado con ellos y, ni siquiera, se han reservado terrenos para su ulterior construcción. Aquel barrio nunca lo tendrá. Entonces, para resolver el problema, que hay que reconocer que se las trae, se inventa el sustitutivo y, las más de las veces, se pretende convencer a los vecinos de que el sucedáneo es mejor y, sobre todo, más moderno que el verdadero. Van varios ejemplos: no hay servicio suficiente de autobuses, (se autoriza otro sistema de transporte más caro, por ejemplo microbuses y se dice que es mejor, más rápido y más moderno); no hay lugar para estacionar los automóviles, ante la congestión creada por los nuevos usos y volúmenes tolerados en un sector (desaparece una plaza arbolada, para dar paso a un estacionamiento subterráneo de pago que, naturalmente, se dice es de los mejores de Europa). ¿Qué pasa cuando un barrio no tiene Mercado, ni posibilidades de que, en el futuro, lo haya? Para estos casos el sucedáneo, aquí en Madrid, ya está inventado y se llama Galería de Alimentación.

¿Qué es una Galería de Alimentación? Acudimos al Reglamento Municipal que las afecta y, enseguida, nos enteramos: "Por Galería de Alimentación se entenderá el agrupamiento de comercios independientes, fundamentalmente del ramo de la alimentación que, instalados en un sólo recinto con servicios comunes y las características determinadas en este Reglamento, se ubiquen en la planta baja de una finca simultáneamente destinada a otros usos". La Galería de Alimentación es de naturaleza jurídicoadministrativa distinta al Mercado, autoservicio, supermercado, pasaje comercial, u otras de carácter análogo, según se nos aclara en el mencionado reglamento. Hay que reconocer que, con la creación de estas Galerías, se ha resuelto un problema gravísimo en los nuevos Barrios madrileños que carecen de Mercado; pero también conviene apuntar la idea de que, pese al nombre que tanto gusta, la Galería es el sucedáneo y nada más.

El que puedan situarse en fincas "simultáneamente destinadas a otros usos" es la causa de los mayores inconvenientes que nosotros vemos a esta clase de establecimientos. Generalmente los otros usos, son el de vivienda, y las actividades de los distintos comercios que forman la Galería, les originan notables perjuicios. Las operaciones de carga y descarga; los olores a pesar de las cautelas que toma el Reglamento y las obligaciones que fija en cuanto a ventilación forzada, etc.; los ruidos... En efecto, las autoridades municipales madrileñas, se dieron cuenta de todas las cosas que digo y de muchas más, y el Reglamento está lleno de condiciones que tiene que cumplir la instalación "para evitar molestias y perjuicios al vecindario", pero lo que no se puede evitar, es que la Galería esté allí; y, entonces, se





*El mercado de San Miguel con el que nuestro Ayuntamiento dio un do de pecho respecto a cómo debe conservarse un antiguo edificio que puede servir perfectamente a las necesidades actuales. Nuestra más cordial enhorabuena*

deprecian las viviendas de la misma finca; mientras, quizá por la ley de las compensaciones, adquieren más valor las próximas. ¡Váyase lo uno por lo otro! .

En el Reglamento de Galerías encontramos las clases de tiendas que hay en ellas y que son las mismas que en los Mercados: Carnicería y salchichería; Aves, huevos y caza; Pescadería; Frutas y Verduras; Comestibles; Lechería (llamada, reglamentariamente, Productos lácteos). Añadamos las que vemos nosotros y cuya instalación no es reglamentariamente obligatoria. Las Casquerías o tiendas de despojos, también llamada de "Idiomas y talentos", porque en ellas se venden las lenguas y sesos de los distintos animales; las tiendas de Frutos secos, aceitunas y variantes, generalmente muy pequeñas y con nombre muy adecuados: "La preferida", "Julita", etc.; y, sin categoría de tienda, pero con presencia siempre asegurada en todos los Mercados y, generalmente, a su entrada, esos cestos en los que se ofrecen, perejil, rábanos, berros, ajos, limones, puerros, estropajos y algunas otras cosas menudas, atendidos por mujeres, aquí en Madrid casi siempre viejecillas entrañables, cuyo antecedente de rompe y rasga se remonta a la zaragozana Antonia, la esposa de Timoteo, el guardia de "Gigantes y Cabezudos".

Los inconvenientes de la promiscuidad entre Mercado y vivienda, son obvios cuando éste ocupa la totalidad de una Manzana y se levanta, como si dijéramos, exento. Así es la mejor manera, nos parece a nosotros, para situarlos. y mejor si además se piensa seriamente en el tema del acceso de los camiones y camionetas que

transportan los productos desde los Mercados Centrales, que deben disponer de espacio suficientes para realizar la carga y descarga sin interrumpir la circulación de las vías que lo rodean. Pero, esta situación ideal se da, desgraciadamente en una minoría de casos. Es muy frecuente, en cambio, el mercado que aprovecha un patio de manzana de un trazado vario convencional en cuadrícula, creando graves problemas a la circulación de las vías del contorno y de vecindad, que ya hemos visto no es aconsejable a las viviendas.

Podríamos rematar estos comentarios y así pensamos hacerlo, dedicando una atención especial a aquellos Mercados madrileños de barriada actuales que, por sus características, nos parezcan merecedores de ella. Hablaremos para empezar del benjamín, el que se levanta en Moratalaz y terminaremos con el decano, el de San Ildefonso, al borde ya de su desaparición. Entre medias, nos referiremos a los demás. Es muy posible, que el orden elegido pueda parecer caprichoso a algunos. Aclararé, diciendo que no es que lo parezca, sino que,

*El célebre y bellísimo Mercado de la Cebada. Desgraciadamente, desaparecido*





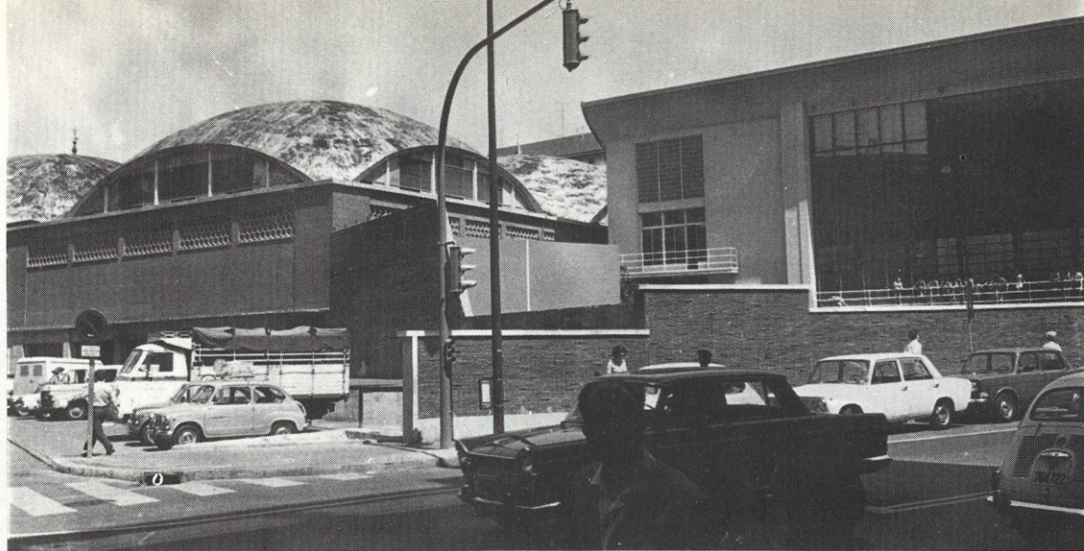
efectivamente, lo es; pero que, bien mirado, no tiene mayor importancia la cosa.

En realidad este tema de los Mercados madrileños, se me ocurrió tratarlo cuando imaginé que iba a inaugurarse próximamente, como suele decirse, el nuevo Mercado del Carmen que, sustituyendo al desaparecido de superficie, se construía en subterráneo, a la vez que el aparcamiento y a su nivel. Luego resulta que aún no se ha inaugurado y por eso el benjamín es el de Moratalaz, proyecto de los arquitectos Manuel Muñoz Monasterio (+) (q.e.p.d.) y Manuel Herrero Palacios. En un inciso digamos que la mano de este último compañero se adivina en el jardín de la Plaza del Carmen que, liberada del antiguo Mercado, ha quedado estupendamente bien y cuya utilización por los madrileños va aumentando de día en día. Esta nueva Plaza madrileña es un acierto completo, en todos los sentidos.

El Mercado de Moratalaz, tiene un volumen de forma insólita, hasta ahora, para esta clase de edificios; y se emplaza muy próximo a la Parroquia original de Miguel Fisac. Está muy limpio y goza de buena luz y ventilación; y se ha organizado muy bien una zona para la descarga de los camiones. Falta la urbanización de los alrededores y lo encontramos demasiado próximo a algunos de los bloques de viviendas, en los que aparece como inmediata, si legalmente puede hacerse, la transformación de todas las viviendas de planta baja en tiendas, dada la animación continua que producen los compradores que van y vienen al Mercado. Lo que no nos ha gustado es que las tiendas del Mercado tienen, para distinguirse, un número y el nombre de la actividad. Así por ejemplo: 22 Frutería, 35 Pescadería, 60 Carnicería, etc. A nosotros nos gusta más la originalidad de los nombres de los Mercados: "La ría de Arosa".

El Mercado de Olavide, situado en la plaza de su nombre en el corazón del barrio de Chamberí, es una excelente obra de arquitectura original del arquitecto Francisco Javier Ferrero (1.892-1.936), construido en el año 1934. Es de planta octogonal y tiene cuatro niveles, de menor superficie conforme son más altos. La estructura es de hormigón armado y resulta muy airosa aparentando gran ligereza. Todo el Mercado está muy bien de luz natural y ventilación. Los accesos están muy bien dispuestos y la descarga de los camiones se hace en un paso que atraviesa el Mercado. Creemos que el edificio es merecedor de mayor atención por parte del Ayuntamiento y de sus arrendatarios. Restaurado y bien limpio sería un ornato para esta Plaza y un homenaje de los madrileños de hoy a su autor y a su promotor de cuyo nombre nos enteramos al leerlo en la lápida a él dedicada y que destaca en lo alto, con esta castiza dedicatoria: "Chamberí: a don Fulgencio de Miguel".

Sí claro, deberían todos seguir la ejemplar actitud del Mercado de San Miguel, que está que da gloria verlo, constituyendo un verdadero adorno para la Plaza en el que se levanta. Este Mercado es de planta rectangular y de estructura metálica. Fue inaugurado el año 1915 y es obra del arquitecto Alfonso Dubeé y Díez, según atestigua el rótulo que luce en su fachada norte. Tiene tres entradas por sus fachadas de mayor longitud y una en cada testero. La solución de los cerchos metálicos de su cubierta es ingeniosa y muy adecuada para el fin que se obtiene: la ventilación generosa del



*El nuevo mercado de la Cebada y, aneja, la piscina municipal*

recinto, los detalles decorativos de las fachadas, son interesantes y de acuerdo con el gusto de la época de su construcción. Por cierto que, en su fachada sur, muy distinta a las tres restantes, ya que aquella está realizada con muro de ladrillo revocado, mientras las otras son muy abiertas con grandes varas, hay colocados tres faroles municipales para iluminar la calle, puestos de la manera más impremeditada y que afean a este interesante edificio. Valdría la pena que se modificara su colocación de acuerdo con la arquitectura del Mercado.

El Mercado de la Cebada, es de construcción relativamente próxima, obra proyectada por el arquitecto José Martínez Cubells, que dirigió la construcción con la colaboración del también arquitecto Antonio García de Arango; vino a sustituir al antiguo metálico desaparecido por derribo. En vez de intentar su arreglo, como algunos y entre ellos, Arquitectura, propugnaban, se consideró más oportuno, siguiendo la tradición madrileña, digámoslo con cierto desgarro que va bien al sitio, llevárselo por delante. El antiguo Mercado se inauguró el año 1875, así es que no llegó a centenario y ocupaba un terreno más próximo a la calle de Toledo que el actual, dejando detrás una destartada Plaza, donde en verno, allá por los años 40, se instalaba la Kermesse benéfica del Distrito, en la que se celebraban concursos de chotis, habanera, pericón, mazurca y otros bailes hoy pasados de moda y que uno tuvo ocasión de presenciar. El actual mercado se ha construido más hacia atrás, con relación a la calle de Toledo, dejando espacio delante para situar una piscina cubierta, con amplia cristalera que se abre en verano en la fachada que da a Mediodía. Es verdaderamente curioso y, pienso que tardaré años en acostumbrarme, vislumbrar desde la esquina de la castiza calle de la Ruda, a las madrileñas en bikini que toman el sol, cuyos rayos tamizan los escapes del tráfico automóvil. Pero aunque el emplazamiento no nos parezca muy idóneo, la piscina está muy bien allí adosada al mercado y ha dejado un amplio espacio libre en aquella zona tan necesitada de estos desahogos. Otro acierto son las tiendas con las que se aprovecha la planta baja del edificio y que luego se continúan por el del Mercado. Verdaderamente, aunque lamentamos la desaparición del antiguo, no por ello debemos dejar de reconocer los aciertos del actual, con su gran amplitud y limpieza. La cubierta la forman seis bóvedas

laminares de hormigón que se apoyan de forma baida en cuatro puntos interiores y en otros de los muros perimetrales. Tiene dos plantas y los puestos son de una altura tal que permite ver, por encima de su cubierta, los desagües de los de la planta superior, cuando la hay. En la entrada principal nos recibe un hermoso fresco en el que podemos ver una composición panorámica muy madrileña, que empieza, de Norte a Sur, en el Arco de la Victoria de la Ciudad Universitaria y el Ministerio del Aire y concluye con la Puerta de Toledo y el Gasómetro.

De acuerdo con el plan preconcebido, terminamos refiriéndonos al Mercado de San Ildefonso, construido el año 1834 según el diseño del arquitecto don Luis Olavieta. Ocupa la plaza que le da nombre, adosándose a la Iglesia Parroquial; su desaparición es inminente, tras su dilatada hoja de servicios prestados a los vecinos de este populoso barrio madrileño del Dos de Mayo y Maravillas. Si aún persiste, es a causa de que la solución de buscar nuevo alojamiento a los puestos en una Galería de Alimentación, parece encuentra inconvenientes. La visita del Mercado, en estos últimos días de su vida, con su aspecto de barco que se hunde, y del que huyen, salvados ya los pasajeros, la tripulación, produce una gran melancolía. La persona que se adentra por sus descuidados pasillos y observa los mal abastecidos puestos que, como minoría ya que la mayor parte están cerrados, permanecen aún abiertos, nota una sensación especial. Las melenas y barbas de algún joven actual, que descuidadamente se aventuró por aquellos vericuetos, riman muy bien con el romanticismo que se palpa en el ambiente. Creemos que cuando el Mercado se derribe y se realice la urbanización de la Plaza con la creación de un jardín, se acertará igual que en la Plaza del Carmen. Aquí, con la ventaja de poder valorar el volumen de la Iglesia y algunas casas con tejado abuhardillado, de cierto interés. A mí, lo que me gustaría mucho, es que no desapareciera una hermosa parra, que crece en la fachada de la casa que hace esquina a la calle de Santa Bárbara junto a la Casa de Comidas y Cenas "La Patrona", que habrá dado sombra bienhechora a muchas generaciones de madrileños, mientras bebían unas copas de "el de Arganda", o una clara con limón y que, en el futuro, puede seguir haciéndolo, con los consumidores de bebidas gaseosas, whiskies y otros líquidos de moda hoy.